

LA EVOLUCION DEL ARTE PLASTICO EN GUATEMALA

Por: GUILLERMO GRAJEDA MENA.

Nuestra historia artística empieza hace miles de años. El arte guatemalteco cuenta con 4,000 años de experiencia, así lo atestiguan los documentos arqueológicos. Las obras más antiguas son las que se han catalogado como pre-mayas y datan del año 2,000 antes de Cristo.

Desde ese entonces y sin interrupción alguna, se ha mantenido la producción plástica hasta nuestros días.

En el arte guatemalteco vemos muchos cambios de contenido y de forma, por los aportes foráneos de las culturas que se han mezclado a sus bases, pero éstas, como lo veremos en el transcurso de este estudio, se conservan más o menos iguales, tal como sucede en lo biológico de nuestras poblaciones, donde también podemos ver muchas de sus características primitivas, casi intactas.

Si hiciéramos un gráfico de nuestra trayectoria artística, nos encontraríamos con un dibujo parecido a la forma de un río. Su nacimiento se iniciaría en las obras arcaicas, luego su punto caudaloso estaría en lo maya, y después en los aportes de origen tolteca, pipil, quiché y cakchiquel que poco a poco se fueron sumando. Con la llegada de los españoles esto cambió bastante, pues al impacto de la conquista el indio aceptó el cristianismo pero sin abandonar del todo su pasado cultural, y así se enriqueció cada día más esta corriente, hasta lograrse el mestizaje. Ya en los días de la independencia el arte buscó el reconocimiento de sus valores autóctonos en las obras populares, como lo muestran los trajes típicos, el quetzal como símbolo y las figuras mitológicas en los cuentos infantiles y en los fantasmas de tipo popular. Siguiendo el curso de este río, se llega al presente siglo. En nuestros días volvemos a encontrar la imagen indígena y mestiza, fundida en otras corrientes que se abren, últimamente, en un delta de varios cánones y estilos, que vemos casi fundidos al llegar a mezclarse con un mar de esperanzas y conjeturas.

Allá por el año 2,000 antes de Cristo, nació el arte guatemalteco a la par del cultivo del maíz. Tenemos las pruebas de esta afirmación en los hallazgos que se han efectuado en las tumbas de El Petén, en las de la Costa Sur y en los terrenos de Kaminal Juyú. Es cierto que junto a las obras de arte que se han extraído de estos lugares no se han encontrado mazorcas de maíz, ni siquiera unos cuantos granos, pero también lo es que las piedras de moles y los comales allí desenterrados, hablan de la existencia de esa gramínea, a la par de figulinas, incensarios y otros objetos que debían acompañar a los difuntos. Las obras de arte de este tiempo, como las de otras partes, que pertenecen a grupos agrarios similares, son el resultado de experiencias de largo tiempo de trabajos utilitarios, y que llegaron, en ese entonces, a ser testimonio de sentimientos mágicos, derivados de la presencia de las fuerzas de la naturaleza, con quienes aquellos hombres quisieron congraciarse. Las pequeñas esculturas de barro, comunes en esta zona cultural, son de carácter realista convencional, y los dibujos y las pinturas son de carácter decorativo y simbólico. La magia y una religión insipiente, son los factores que rigen todos los actos de la vida que se refleja en estas obras. Así nació el arte guatemalteco, como hijo del maíz, al servicio de nuestros primitivos dioses, del cielo y de la tierra.

En el siglo I de la era actual, es decir a la par del nacimiento de Cristo, vemos surgir el arte maya. Aquí nos encontramos frente a una cultura superior, con todas sus complicaciones y naturalmente, ante un arte de estilo definido en todo sentido, por su ritmo, su equilibrio y su

proporción, esto en cuanto a su forma; y en cuanto a su contenido, por sus mensajes religiosos. Todo esto aparece dentro de los cánones bastante rígidos, que no cambiaron sino después de muchos siglos. El arte maya al igual que las artes antiguas de otros pueblos, fue un arte dirigido por la religión. Nadie movía un dedo si no era por la voluntad de los dioses, y éstos la manifestaban a través de los grandes sacerdotes. Por estas razones al arte maya hay que buscarlo en los templos y en las tumbas. Sabemos de los gobiernos militaristas, pero sobre ellos pasaban bastante las disciplinas religiosas; por lo tanto también a esos gobiernos hay que incluirlos dentro de estas disciplinas.

Por medio del estudio del arte maya no sólo encontramos las claves del gusto estético de aquel pueblo, sino que también los datos de sus costumbres políticas y sociales, la forma de su economía, de su religión, de sus ciencias, de su tipo físico y psicológico, y aún más, también podemos ver sus estados patológicos.

El maya logró crearse un mundo propio, cambió el paisaje que los rodeaba, construyendo montículos, centros ceremoniales, observatorios astronómicos y rancherías; alfombró la tierra, con sementeras de maíz. Inventó un mundo espiritual y puso en él, para que moraren sus dioses y sus deudos, trece cielos y nueve infiernos. Formó un panteón de múltiples dioses e inventó premios y castigos para los muertos. Hizo ritos y ceremonias, cantos y bailes, organizó su sociedad en forma teocrática, adiestró guerreros, artistas, agricultores y atletas, inventó el juego de pelota, se dedicó a la astrología, la astronomía y las matemáticas, creó medidas y estilos especiales para su arquitectura, su pintura y su escultura, y como si eso fuera poco, llegó hasta a transformar su propio cuerpo, dándole un tipo ideal: modeló su cráneo en forma alargada, cambió la dirección de sus ojos, depiló su cara, usó nariz y barba postizas, se hizo afeites y tatuajes, usó tocados y adornos de telas finas, collares, pulseras, ajorcas y aretes de jade. Construyó la imagen de sus dioses a semejanza suya y llegó hasta la creación de figuras fantásticas como lo es el dragón maya, esa serpiente con plumas de quetzal que vemos en sus grandes esculturas que representaba a Kukulkán. Aquí creemos necesario hacer constar que esta divinidad es de origen maya y no tolteca como se ha venido diciendo desde hace algún tiempo; hay pruebas de que en Tula no existen quetzales, ni serpientes de cascabel en las obras de arte que datan de tiempo anterior al siglo IX después de Cristo, y además de esto, tenemos la prueba de que antes del contacto maya con los toltecas, en la plástica maya ya existía la serpiente emplumada, como lo podemos ver en el dintel del templo IV de Tikal, que presenta la fecha 741 de nuestra era.

Otras artes vinieron después a enriquecer el acervo cultural del país, que como ya dijimos fueron la pipil, la quiché y la cakchiquel, y así encontraron nuestras artes los primeros españoles en el siglo XVI.

Con la introducción de la cultura europea se borraron de la superficie cultural del mundo indígena hasta donde se pudo, sus valores antepasados, siendo entonces la iglesia católica la que tomó el mando en la plástica. Por eso casi todo lo que es arte pictórico y escultórico colonial hay que buscarlo en la iglesia; allí están nuestros valores indios y mestizos unidos a lo español en un traslape tal, que forman un solo cuerpo; como sucede en la urdimbre de los telares indígenas, en los que van apareciendo algunas características nuevas en el brocado; donde antes sólo estaba la imagen del venado, del mono, del murciélago, del pavo, de tigres y de serpientes; vemos aparecer el gallo, el caballo, el buey y el perro, entre muchas otras figuras impuestas por la nueva civilización.

La conquista y la colonia española obligaron a los artistas indígenas a plasmar en sus obras la imagen del hombre blanco, de los santos, de los ángeles y de los demonios cristianos. Encontrando los artistas aborígenes a algunos de sus antiguos dioses parangonados con esas imágenes, y así fue como asociaron a San Isidro Labrador, con Chac su antiguo Dios de la Lluvia

y a San Pascual Bailón, con Aj Puch su Dios de la Muerte. Este Dios de la Muerte que vamos tan repetidamente en el Códice llamado Dresde y en muchos incensarios y esculturas de las épocas clásica y Post-clásica del arte maya, pasó tranquilamente a la iconografía y al ritual cristiano, y llegó hasta nuestros días, no en forma humorística como se le ve en el México actual, en las "calaveras", sino con la seriedad del caso de una imagen santa a quien se venera.

Tenemos el ejemplo de la seriedad antes dicha, en la procesión que sale cada año de la iglesia parroquial de San José Petén, el día 2 de noviembre en la que los fieles llevan respetuosamente dos cráneos humanos sobre cojines y paños blancos. Durante el resto del año, estos cráneos permanecen en el altar mayor del templo, donde se les rinde culto. Así también, en los mercados de toda la República y hasta en algunas de las calles de nuestra capital, vemos a la venta entre muchas oraciones impresas, la estampa de San Pascual Bailón en un grabado donde aparece en forma de esqueleto. Y los que visitan la iglesia de San Francisco en Antigua Guatemala, que data del siglo XVII, pueden ver en un mural, una pintura al fresco en la que aparece a la par de unos frailes, las imágenes de la muerte.

En el pueblo de Olinstepeque, en Quetzaltenango, en un altar de la iglesia de aquel lugar existe un esqueleto vestido de obispo, el cual viene siendo venerado desde el siglo XVII. Esta imagen representa, aparentemente a San Pascual Bailón, pero indudablemente en el fondo mantiene el culto del Dios de la Muerte que los mayas tallaron en las estructuras arquitectónicas y escultóricas de Copán, en el numeral que significa el diez, en las figuras representadas por cabezas y en el códice ya mencionado.

Otro parangón entre imágenes precolombinas y cristianas está con la serpiente Kukulcán y con el dragón de San Miguel Arcángel. También es cierto que vinieron en el bagaje español, imágenes completamente nuevas que no tuvieron ningún parecido con las que existían en el mundo indígena, como es el caso de los ángeles, los querubines y serafines, la sirena y el Mefistófeles.

Pero a la par de estos aportes europeos, pasaron a la nueva iconografía las imágenes intactas de los antiguos dioses tutelares: El Sol y la Luna, tal como lo hemos visto con Chac, Aj Puch y las otras divinidades referidas.

En nuestro medio, durante la época colonial, encontramos muy pocas obras de arte que tengan procedencia europea; varias obras son atribuidas a escuelas españolas, pero no se han mostrado pruebas para estas afirmaciones. Una muestra, de lo que vino de España, tenemos en las pinturas de Zurbarán, que se pueden ver en la iglesia de Santo Domingo de esta ciudad Capital, y en la escultura que representa a la Virgen del Socorro, de la Catedral.

Indudablemente no vinieron muchas obras de España, porque aquí existían artistas que trabajaban admirablemente, y que no sólo tenían gran demanda de sus trabajos en su localidad, sino hasta en lugares remotos. Ya en el siglo XVI eran codiciadas por su belleza, las esculturas guatemaltecas, según lo vemos por el viaje que hizo el obispo fray Diego de Landa, recorriendo algo más de quinientos kilómetros, desde Mérida hasta la ciudad de Santiago de Guatemala, para adquirir unas imágenes de la Virgen, destinadas al pueblo de Izamal.

Así mismo podemos apreciar interpretaciones de pasajes de la vida de Cristo, pintadas por artistas hacia un carácter de sello guatemalteco, con las pinturas realizadas en grandes cuadros que muestran la Pasión de Cristo, pintados por el artista guatemalteco Tomás de Merlo, realizados en la Antigua Guatemala en el siglo XVII, que nos hablan en español pero con algún sabor indígena, dándonos registros de tipos y costumbres de nuestros mundos, así vemos a algunos

personajes que están en dichas obras, usando anteojos al estilo Quevedo y otros usando sandalias al estilo Indígenas.

Sabemos que en los últimos años del siglo XVIII, en la Nueva Guatemala fue abierta la “Real Escuela de Dibujo” por la Sociedad Económica de Amigos del País, teniendo a su Majestad Carlos IV, Rey de España y de Las Indias, como su protector y a quien vemos, en un cuadro de la época, retratado en forma Goyesca, con sus investiduras ante una mesa donde aparecen a la par del cetro y de la corona real, una escultura, un compás y un libro de dibujo anatómico. Allí en el seno de la Sociedad Económica, fue donde don Antonio Batres Jáuregui, vio en el siglo pasado, unas obras de Tomás de Merlo, que representaban unas naturalezas muertas, con aves, flores y frutas. También José Martí contempló estas pinturas, pues nos dice en su obra “Guatemala”: “Artes y Sociedad Económica van aparejados.” ¿Quién con más cuidado conserva los cuadros del célebre maestro Merlo, La viva gallina, Las Húmedas flores?

Son pocas las obras maestras del siglo XVIII que podemos clasificar detenidamente, pero son geniales. Por falta de espacio, mencionamos aquí solamente dos: San Sebastián y San Francisco de Paula que se encuentran en la Catedral de la Ciudad de Guatemala y que se deben al escultor guatemalteco Juan de Chávez; San Sebastián, fue declarado santo patrono contra los temblores y San Francisco de Paula, patrono de la Armada de Barlovento, contra los piratas.

En aquellos tiempos, nuestros pintores se dedicaban a ilustrar al pueblo con escenas y personajes de carácter religioso, de acuerdo con lo estipulado en los contratos con la iglesia. Obras de carácter histórico o costumbrista, eran raramente tratados.

Retratos de personajes aparecían muy de vez en cuando; es hasta finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando surge el gusto por el retrato, como lo prueba el número de obras pintadas por el genial miniaturista Francisco Cabrera.

Un poco más acá, en este siglo XIX, los trabajos de los pintores impresionistas y postimpresionistas franceses fueron ignorados en nuestro medio. La era de la Revolución industrial no le hizo mella a nuestras artes. Poco sabemos de las obras de arte que se efectuaron en la época del gobierno del general Rafael Carrera; la única figura que se destaca en ese tiempo es la del artista suizo Juan Bautista Frener, en sus famosas medallas y monedas.

La revolución de 1871 que hizo muchas grandes e interesantes reformas en la vida de nuestra sociedad, no logró despertar a nuestros artistas para que trabajaran obras que se pusieran a la par de aquellas magníficas reformas. De la referida época, tenemos que saltar obligadamente, hasta encontrarnos frente a la obra del escultor venezolano Don Santiago Gonzales, quien en sus conocimientos románticos y algo impresionistas abrió la escuela de carácter moderno en la escuela guatemalteca.

Durante el gobierno del general José María Reyna Barrios, es cuando renace el arte guatemalteco, gracias al apoyo que recibieron los artistas nacionales y extranjeros, de parte oficial, con lo que enriqueció la pintura y la escultura dentro de un gusto romántico.

Hubo varias escuelas de bellas artes, de vida efímera, pero la más importante fue la Academia Nacional de Bellas Artes de Guatemala que fundada hace cincuenta años, por el pintor Rafael Rodríguez Padilla, dio origen años después, a la formación de la escuela moderna. En ella se estudiaba en sus inicios: dibujo, pintura, modelación y vaciado, perspectiva, francés e historia del arte. Pero a pesar de todo, por su carácter de Academia, no se permitía a los alumnos hacer ninguna interpretación de los modelos; la mano tenía que hacer lo que miraba el ojo, y lo que

miraba el ojo eran los modelos clásicos: el maestro de perspectiva y de francés de aquella Academia Nacional, tenía conocimientos directos de los nuevos movimientos artísticos que surgían en París, pues era nada menos que un amigo íntimo de Pablo Picasso y que no solamente conservaba los conocimientos de este artista, sino que tenía en su colección privada varias obras originales de Picasso; éste era don Jaime Sabartés Gual. Según sabemos, los alumnos de Sabartés no recibieron mucho de sus conocimientos sobre las nuevas tendencias artísticas, primero, porque no encajaban dentro de los cursos que él daba en la Academia, y segundo, porque aquella escuela era una Academia. Así es pues que el terreno donde él lanzó las nuevas ideas fue en el de sus amigos de tertulia, los artistas Carlos Mérida, Carlos Valenti, Rafael Rodríguez Padilla y otros.

En la producción de Carlos Valenti y Rafael Rodríguez Padilla, encontramos varias obras que muestran nuevos rumbos plásticos, pero es en la obra de Mérida donde esos rumbos se plasman con mayor fuerza. Sin embargo, esto llegó a Guatemala en forma pálida, porque Mérida desarrolló su carácter moderno fuera de nuestro medio y sus obras fueron conocidas aquí en Guatemala sólo por referencias que venían en algunos periódicos y en algunas revistas de México.

Humberto Garavito, con su obra, despertó en Guatemala el interés por la pintura realista de carácter pintoresco, poniendo en ella sus experiencias adquiridas con la pintura española de tipo impresionista tardío, que tanto gustó en nuestro ambiente allá, por los años 30.

La obra de Garavito vino a llenar el vacío que existía en la pintura, por no haberse tocado en su tiempo, la escuela impresionista, y con esto trabajos suyos, se le dio prestancia a nuestro paisaje y a nuestros tipos indígenas, usando un medio expresivo que ya no era el académico, pero que conservaba la tradición naturalista. Alfredo Gálvez Suárez hizo más o menos lo mismo.

Después, Rodolfo Galeotti Torres con sus esculturas realistas y con sus esculturas realistas convencionales, portadoras de mensajes precolombinos y de registros de personajes históricos, logró el renacimiento de muchos de los valores nacionales.

Pero fue con la revolución de Octubre de 1944, que el mundo Artístico despertó en Guatemala, con gran libertad de acción; y esta libertad es la que ahora han encontrado los artistas contemporáneos y es la fuente de donde tomaron sus principios para buscar el ideal de sus obras, pero que por razones de la rapidez con que llegan las noticias de los últimos movimientos estilísticos extranjeros, se ha entablado un problema que está por resolverse, como los veremos más adelante.

Los escultores Guillermo Grajeda Mena, Dagoberto Vásquez y Roberto Gonzáles Goyri y los pintores Arturo Martínez, Roberto Ossaye y Miguel Alzamora Méndez, gracias a esa revolución, se lanzaron por primera vez en nuestro medio, a trabajar sus obras, tomando a la naturaleza como pretexto para conjugar valores plásticos y estéticos, en un intento por romper los lazos tradicionales.

Los indios de Garavito y los de Galeotti precedieron a los tipos mestizos realizados por Grajeda Mena, por Vásquez y por Gonzáles Goyri, quienes en algunos casos, los trataron sintetizándolos, y en otros dándoles carácter expresionista. Luego vinieron las imágenes de Arturo Martínez, con características indígenas de sueños infantiles, en un terreno puramente surrealista, a la par de la producción de Roberto Ossaye, quien plasmó en sus pinturas, a la figura humana dentro del cubismo y del abstraccionismo.

Esto fue lo que encontraron los artistas de las generaciones posteriores, quienes tomaron de allí lo que necesitaban para emprender sus marchas.

Muchos de estos artistas, según parece, también hacen todo lo posible por obtener un lugar destacado en la plástica, copiando los medios técnicos que les llegan de diferentes partes, intentando con ello plasmar algo sorprendente en sus obras.

Pero algunos de nuestros críticos creen que estos jóvenes llegan a más: “Hasta llegar muchas veces a una verdadera anarquía y degeneración artística acorde a nuestro tiempo de corrupción e inmoralidad”. Según parece, se piensa que actualmente se hace uso de trucos, para hacernos creer que algunas obras son originales porque en ellas se imitan estilos y técnicas que están de moda en otras partes, donde a base de publicidad comercial se inflan los valores que se les atribuyen a esas obras, pretendiendo con ello lograr buenos negocios.

Si esto es así, el caso es censurable, pero no creemos que todo sea extravagante ni obra de simples imitadores comerciales; lo que hacen muchos jóvenes es buscar simplemente el lugar que les corresponde, de acuerdo con el medio y sus propias entenderas. De lo que ellos producen, con el tiempo se verá lo que es bello y original, así como lo que se hace por lograr un aplauso fácil o un truco comercial.

Ahora bien, respecto a lo que se representa en las obras, a la manera de ejecutarlas y los materiales que se usen, no se puede decir nada que pueda servir de norma, porque en todo esto debe haber una libertad plena, para que el artista se exprese lo mejor que pueda, siempre que no afecte a nadie y que sus mensajes estén dentro de lo que marca la estética.

Algunas personas rechazan las obras modernas por tener éstas, un asunto trágico, aunque sus formas estén, estética y plásticamente bien. Parece que su rechazo se debe al miedo a su contenido.

¿El hacer obras bellas tomando como modelo un asunto trágico, es censurable? ¿Acaso es algo nuevo presentar a la verdad desnuda, o presentar al misterio cruel, como base de una obra de arte? ¿Qué había debajo de las bellas máscaras hieráticas que se depositaban en las tumbas precolombinas? ¿Qué es lo que ha mantenido vigente al culto de San Pascual Bailón y al de Uaxaquib Barz? ¿Qué es lo que le sirve de base a la existencia de Mashimón? ¿Qué es lo que hay en el fondo de los ritos del lago de Chicabal? ¿Qué es lo que esconden las piedras del cerro de Pascualabaj?

¿No es verdad que en todo esto hay un velo mágico y bello, que oculta el misterio de la vida y de la muerte, y que así es como vemos que muchas piedras de sacrificio son obras maestras y muchas cruces también?

Por todo lo antes dicho, tenemos confianza en que, con temas trágicos o no, nuestros verdaderos artistas sabrán realizar obras llenas de candor y de belleza que por sus valores plásticos, merezcan nuestra admiración y respeto, como se ha venido haciendo en algunos casos, e intentando en otros, desde hace cuatro mil años.

Este es el delta, el río dividido en ríos que resulta de nuestra evolución del arte plástico en Guatemala, y que va a desembocar a un mar de conjeturas y de esperanzas.

APUNTES TECNICOS

1. La pintura al óleo ofrece la mayor flexibilidad sobre las demás técnicas. Es fácil de manipular y se adapta a una gran variedad de efectos pictóricos.
2. Se puede combinar con colores de gran diversidad, pudiéndose mezclar unos con otros, aplicándose directamente o por medio de veladuras, lográndose efectos de opacidad o de transparencia.
3. Los colores al óleo cambian muy poco al secar. Así el artista se siente seguro de que no cambiarán mayor cosa una vez secos.
4. Gracias a la gran flexibilidad del aceite, se pueden cubrir grandes áreas sobre la tela, la cual puede ser enrollada y transportada fácilmente.
5. La pintura al óleo seca lentamente. Esto permite hacer mezclas y fundidos de color, esfumados, combinándose con barnices, pudiéndose hacer cambios y correcciones o añadidos.
6. La pintura al óleo es un medio aceptado universalmente por todos los pintores y es representativa de la pintura de caballete. Se presta para una gran variedad de recursos pictóricos, tales como empastes gruesos, texturas, esgrafiados, collages, etcétera. Es el medio más versátil y rico en recurso técnicos.

El óleo se oscurece y amarillea con el tiempo, sufriendo un proceso de oxidación. A veces se cuarteo o craquela, debiéndose sobre todo a fallas estructurales, a daños mecánicos, o al tiempo: humedad, calor, frío, etcétera.

Por lo regular se pinta al óleo sobre una base blanca, (gesso), a base de carbonato de cal fijada con un aglutinante: cola animal, hecha de pieles de bovinos o de conejo. Aunque la capa de aceite se va oscureciendo con el tiempo, la blancura del fondo se manifiesta a través de las capas de color, de "dentro hacia fuera". Una regla que siguen los pintores es la de comenzar pintando muy delgado, para ir poco a poco aplicando capas más gruesas de color, hasta llegar a las texturas de variada superficie.

En la pintura moderna el óleo muestra una gran variedad de aplicaciones técnicas, de un uso libre de cánones, espontáneo, en la que la personalidad del artista se manifiesta con entera libertad enriqueciendo el lenguaje artístico universal.